



ORACION CIVICA
QUE
EN ANIVERSARIO DE LA ENTRADA
DEL EJERCITO TRIGARANTE
EN LA CAPITAL DE LA REPUBLICA,
PRONUCIO EN ESTA CIUDAD
EL 27 DE SEPTIEMBRE DE
1848
EL CIUDADANO
JOSE MARIA PEREZ SALAZAR Y BERRA

PUEBLA 1848

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRÉ VAUGHT PEÑA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA



ORACION CÍVICA
QUE
EN ANIVERSARIO DE LA ENTRADA
del Ejército Trigarante
EN LA CAPITAL DE LA REPUBLICA,
PRONUNCIÓ
EN ESTA CIUDAD,
EL 27 DE SETIEMBRE DE 1848,
el ciudadano
JOSÉ MARIA PEREZ SALAZAR Y BERRA.



PUEBLA:
—
IMPRENTA DE JOSE MARIA MACIAS,
Calle de Micieses número 2.

1848.



MEXICANOS:

En días mas felices, cuando el recuerdo de las glorias de la patria regenerada, íntegra y dueña de sí misma, nos hacia sonreír de contento y aun de orgullo, dirigiros la palabra en una fiesta nacional era encomienda lisonjera y llena de gratas ilusiones. Bastaba recordar la memoria de nuestros héroes, repasar una á una sus ínclitas hazañas, referir sus nobles hechos, y quedabamos tranquilos y contentos, como de una dicha que no ha acibarado ningun pesar; mas pasó ese tiempo venturoso, ciudadanos, pasiones innobles nos lanzaron á la guerra civil, hubo sangre y lágrimas en lucha fratricida: el edificio social fué sacudido en sus cimientos, y sobrevinieron la confusion y el desórden: desde entonces, hablaros desde esta tribuna tuvo mucho de desagradable, y no poco de peligroso; porque las facciones quisieron adulacion é inciensos; y no contentarlas, era atraerse su ódio y su rencor: comenzó à perderse el recuerdo de los tiempos antiguos, y como todos, mas ó menos manchados en las revueltas, querian hacer olvidar sus faltas á fuerza de orgullo y despotismo, no era extraño que, al mencionar el orador crueles verdades, se acarrease la enemistad y el ódio; mas hoy, no me oireis relatar aquellos grandes acontecimientos en que se prodigaban sin cesar el valor y la constancia, ni aquellas inmortales hazañas, que llenan algunas páginas del libro en que se escribe la historia del pueblo mexicano: frescos están nuestros reveses y derrotas; la sangre de los defensores de la

patria, y la que salió de las pocas heridas de los invasores, humedece todavía nuestros campos; no se borra la huella que el ejército enemigo dejó al atravesar por el país, y los ciudadanos que me escuchan aun tienen delante de los ojos claras señales de la oprobiosa dominación que acabamos de sufrir. ¿Qué podré decir, pues, en esta función cívica, que no sea amargo y desconsolador? ¿Cómo usar de otro lenguaje al pensar que hace veintisiete años que el ejército trigarante, á cuya cabeza se hallaba el héroe de Iguala, después de haber consumado la obra mas grande y gloriosa de un pueblo, su independencia, entró á la capital de la república el 27 de Setiembre de 821? Al lado de este recuerdo, todo de gloria, se alza el maldecido día en que vencidos y desechos nuestros soldados, los enemigos pudieron tener á México por suya. ¿Cómo entregarnos á la alegría cuando la espada del conquistador nos ha arrebatado inmensos terrenos, habitados por hermanos nuestros, que defensores valientes de la independencia nacional viven ahora bajo leyes extrañas, sacrificados á nuestra salvación, y que devorando en silencio sus pesares y sus recuerdos, lloran su abandono y su orgullo ultrajado? Ellos faltan de entre nosotros, y faltan, por nuestros vicios, por nuestra debilidad, porque no existe patriotismo alguno en nuestros corazones.

Al oirme hablar de esta manera, creereis acaso que poco entendido por mi juventud en los antiguos acontecimientos de la patria, los paso en silencio por ignorancia, hoy cabalmente, en que nos consagramos á su memoria, entregándome todo para salir del honroso cargo que se me hizo, á los hechos recientes y que pasaron á mis ojos: pensareis también, que poco dispuesto á comprender el valor de las hazañas de nuestros libertadores, satisfago mi orgullo apartándome del camino trillado por cuantos me han precedido en esta tribuna; y juzgareis en fin, que por siniestra intención, me agrada relatar sucesos posteriores, causando tristes y amargos recuerdos, en vez de aliviar vuestra angustia con objetos alegres y risueños! No es así, conciudadanos: amo tanto como vosotros las gloriosas acciones de nuestros padres; creo comprender su valor y el aprecio que de ellas debe hacerse; y con la misma señal sobre la frente que vosotros, me da trabajo y dolor detener mi pensamiento en tan tristes y aflictivas memorias: así, lo que me propongo al dirigiros la palabra, no es hacer pomposas y vanas declamaciones para encender los ánimos, sino indagar con imparcialidad, y como si en

nada me tocan las causas de nuestras desgracias, para ver si puedo daros con el estudio del tiempo pasado, una lección útil y provechosa en el porvenir. Para esto os hablaré verdad; pues no son ni la ocasión, ni este lugar para halagaros con adulaciones, siempre más peligrosas para los pueblos que para los grandes, mayormente al estar en el borde del precipicio; y mal podría dar ahora un colorido diferente a nuestra historia, cuando allá cada uno de vosotros en su interior, me daría en cara con la triste y espantosa realidad. Si lo que yo diga no os pareciere bien; si no tuviereis fé en mirraciosinos, ni en las consecuencias que de ello deduzca, preciso es conceder alguna cosa á mi inesperienza. Apenas se rompieron las cadenas que por trescientos años nos sujetaron á la Metrópoli, cuando nos vimos en posesion de ejecutar nuestra voluntad sin restriccion ni límites, por las costumbres de muchas generaciones adquiridas durante tan largo tiempo, y fomentadas por la educacion recibida, nos inclinamos á constituirnos y á establecernos, imitando la manera y los hábitos con que siempre habiamos existido: proclamamos un monarca, y elegimos para ocupar el trono de México á un hombre digno y merecedor, el que pagó con su vida en un patíbulo la debilidad de haberse dejado coronar. Mas entre los mismos soldados de la independencia, habia nacido una idea nueva entonces, y hoy al alcance de todos: la guerra la habia hecho crecer, estenderse por toda la colonia y encontrar partidarios; y si no la comprendieron todos como se necesitaba, el instinto, que no engaña á las naciones, aseguraba que era buena; esta idea era la libertad: por esto pues, apenas ensayada la monarquía, cuando fué derribada, estableciéndose en su lugar la república, como un símbolo político de la perfeccion que se deseaba. Sin embargo, los republicanos habian contraido en la guerra multitud de vicios, el pueblo se habia formado en los campos de batalla, y allí mismo se habia acostumbrado al libertinage y al desorden. En once años de despreciar las leyes por sí mismos, sustraídos de la obediencia de los vireyes, se acostumbraron á obrar por su propia voluntad, perdiéndose de este modo el prestigio de los depositarios del poder; y asi es, que al establecerse entre nosotros un gobierno, cualquiera debia preveer, que los vínculos entre él y los súbditos se romperian con frecuencia, si por el vigor y la buena direccion no se procuraba hacerlos fuertes y duraderos: por otra parte, la igualdad de intereses y de gloria, habia traido tambien la

igualdad de los individuos: todas las clases habían producido héroes, unos verdaderos, otros fingidos; así es que, concluida la revolución, era muy natural que todos se creyesen con un mismo derecho para pedir el premio de sus trabajos, y arrancarlo por la fuerza cuando juzgaran que se les había negado: los que nada hicieron, exigían también descaradamente como si fueran mercedores, y el ejemplo les dió lugar para tomar por su mano y à su antojo, cuando eran despreciados.

De la creencia en los antiguos ó en los nuevos elementos resultaron dos partidos: uno, admirando lo que las generaciones anteriores habían hecho, y no comprendiendo cómo pudiera existir otra cosa fuera de lo que él mismo había visto practicar, desconfiaba de las exigencias de la nueva sociedad, muy diferente por el tiempo y la composición de lo que cuando fué colonia. El otro partido, innovador sin cálculo ni método, con un deseo inmoderado de establecer en la república cuanto de los demás países libres llamaba su atención, destruía sin edificar cuanto podía recordarle su pasada servidumbre. En semejantes circunstancias solo habría sido conveniente un gobierno hábil y fuerte, que enfrenando las pasiones hubiera evitado las oscilaciones políticas, aprovechando las fuerzas gastadas en el mal para dirigir las al bien común; mas por desgracia, ya por la apatía del carácter nacional, ya porque en su principio las instituciones no pueden ser bastante fuertes para resistir al choque de la malicia y de la ambición, en nuestro primer período de libertad fuimos regidos por un hombre que partícipe de las glorias de la independencia, pero débil, contemporizador, sin plan fijo, dejó organizarse los bandos en su presencia, y con su lenidad quitó la fuerza à las leyes y dejó poner los cimientos de los males que ahora resentimos.

En tal estado y con los motivos indicados, era forzosa la guerra civil; y en efecto, nos lanzamos à la lucha con avidez y entusiasmo, poniendo en ella toda nuestra atención. Al principio, un resto de rubor, cierta clase de temor al perturbar la tranquilidad pública, el que los hombres no llegan al crimen ni à la virtud de un solo paso, nos retenía hasta cierto punto, y las revoluciones se encubrían con la máscara del bien general; se vestían con el ropaje de las ideas; y se halagaba à la multitud con promesas de felicidad y de mejoras; el pueblo sorprendido é inesperto las acogía con ansia, las apoyaba, y las hacía triunfar; mas pasado el entu-



siasmo de la novedad, quedaba desengañado y corrido, descubriendo que unos pocos unicamente habian sacado un provecho individual y mezquino, desvaneciéndose como humo, prometimientos y esperanzas. En estas circunstancias se presentaba otro especulador de calamidades, seguro de encontrar la cooperacion de los disgustados, y á quienes prometia, lisongeaba y pintaba felicidad, para engañar tambien, y ceder pronto el puesto de otro rival. De una caída á otra, pasaba al principio un periodo algo dilatado; pero despreciados, al fin, el pundonor y la conveniencia social, los motines se sucedieron sin interrupcion despues de contados dias, en los que ni se invocaban ideas, ni se cubrian las apariencias; las actas de los pronunciamientos llegaron à ser la espresion de la voluntad de un solo hombre, y el título para asaltar el supremo mando, la fuerza material necesaria para sofocar las quejas de los ciudadanos oprimidos: el que triunfaba, subia al poder confesando que hollaba las leyes, y á sus pies la traicion, la venalidad, el interes, el descaro y la gente valdía, aguardaban orgullosos y satisfechos que se les arrojara su salario.

De aquí resultó el número escesivo de empleos, que sin ser útiles al país, gravitan sobre las rentas públicas; la desconfianza del que nada mira estable, la paralización del comercio y de las artes, la mala fé apoyada en la conveniencia del buen vivir; la ineficacia de las leyes, suaves y blandas para el poderoso, duras y vigilantes para el infeliz; la pobreza comun, la ignorancia y perversidad del pueblo; el malestar continuo; y por último, la ecsasperacion y el desaliento que son necesarios cuando no se descubre un porvenir menos amargo, ¿podria producir este conjunto de vicios y de males, la fuerza y la energía necesarias para las grandes resoluciones? no, por cierto; no es ésta ó aquella estension de terreno, ni el mayor ó menor número de habitantes lo que forman una nacion: un pueblo se constituye por la unidad de intereses, por la creencia en ciertos y determinados principios, y vive, y se sostiene, haciendo respetar su dignidad, sus fueros y su nombre: nosotros que lo habiamos perdido todo en nuestras revueltas interiores, habiamos dejado, por decirlo así, de ser una nacion; lo único que podia darnos un tanto de vigor, y la única tabla de salvamento que nos quedaba en borrasca tan desecha, era el ejército, los mismos que la ocasionaban: pero esta clase se habia corrompido quizá mas que ninguna otra de la sociedad,

el soldado no tenía ni subordinación ni disciplina, las armas, municiones y demas útiles de guerra quedaban muy atras de lo que un enemigo exterior podría presentarnos, y carecía aún de lo necesario para vencer los menores obstáculos y abrigarse en los sitios y campamentos: los que mandaban aquellas reuniones armadas, con pocas honrosas escepciones, subidos á los grados por defecciones ó manejos políticos, carecían de instrucción y aun de valor para poderles dar acertada dirección, y llevar a buen término la grande obra de que se encomendaban; casi desconocidos á sus subordinados, no podían inspirarles ni esfuerzo ni confianza; faltábales justo título para ser obedecidos, y sus mandatos eran despreciados. ¡Cuadro tristísimo y desconsolador, pero verdadero, y que explica facilmente las causas de nuestro vencimiento y de nuestra deshonra! Era tal nuestra ruina que ya no podíamos valernos, era forzosa, inevitable; y así fué que, apenas iniciada la guerra con un enemigo pérfido y traidor, que nos adormeció con falsas promesas de amistad, no vimos por todas partes sino debilidad y abatimiento. En valde el cañon que cegaba á nuestros defensores en Palo-Alto y la Resaca, vino á anunciarnos que el extranjero estaba á nuestras puertas; no quisimos oírlo, ni preparar nuestra defensa: el incendio de Veracruz no pudo hacernos entender que el vencedor talaba nuestras tierras, y sirvió solo para alumbrar la revuelta y la carnicería; y cuando la agonía de la patria, tras las pérdidas de Cerro-Gordo y de la capital, buscamos en la fuga ó en la proteccion de los contrarios un abrigo, en lugar de recoger nuestras fuerzas, y lanzarnos al combate por desesperacion, por conveniencia al menos.

Sí, conciudadanos, las huestes victoriosas del invasor del Norte, atravesaron con impunidad el interior del país, y nos sujetaron á su dominio, porque aquella raza valiente que supo conquistar á fuerza de acciones heroicas su independencia y su libertad, no supo alcanzar en esta nueva lucha sino derrota, humillacion, vergüenza é infamia: tenemos tambien explicada con esto la indiferencia de la muchedumbre para cambiar sin pena de señores; el egoismo de los ciudadanos para defender sus derechos tenidos en poco y calculados de comun con desapego; la avaricia y el deshonor de las clases acomodadas que prefirieron el yugo extranjero á la pérdida de sus intereses, y finalmente, la frialdad, la pereza y el desaliento que afectó á toda la república. Sin embargo, la Providencia nos quiso enseñar que en medio de tan

completa desmoralización, se hallaban hombres virtuosos y magnánimos que supieron sacrificarse por la patria, vindicando su nombre y sosteniendo sus antiguas glorias. ¡Felices ellos en haber dado su vida y su sangre, ya que sus esfuerzos no fueron suficientes para hacer triunfar una causa santa y justa, y abandonar a sus naturales defensores! Rindámos hoy a su memoria, un tributo de lágrimas tan merecidas.

May duras os habrán parecido mis palabras, conciudadanos, pero os anuncié al principio, que distante de la lisonja, yo nada callaría de cuanto pudiera recordaros nuestras culpas y nuestros desmanes. Habeis visto claramente el amargo fruto de nuestras revueltas, y comprendereis por tanto que, la guerra civil al producir nuestra desunion y debilidad, era preciso que nos hiciera sucumbir con oprobio y mengua, en una lucha despreciable y ventajosa para nosotros; ventajosa digo, porque una nacion aunque desarmada, es siempre superior á un ejército, y la espada de los soldados se rompe contra los pechos baroniles, mejor que contra las murallas. España dice al mundo, que es imposible poner el yugo á un pueblo que quiere ser libre: no digais que fué la contienda desigual, esto seria á la verdad ignominioso, mas desigualmente combatieron nuestros padres y triunfaron.

No queramos, pues, hacernos mutuas inculpaciones con el ánimo cobarde de encubrir la infamia que á cada cual corresponde: no, sobre todos nosotros pesa la misma responsabilidad, cada uno por su parte y á su vez contribuyó al desdoro y á la infelicidad de la patria, acusando de este crimen á los demas: ¿eran cobardes nuestros gefes, por qué no los arrojamos de las filas? torpe é ignorante el soldado ¿no cumplía con su deber?: bien, por qué no le arrancamos el fusil y nos pusimos en su lugar á defender nuestras ciudades? ¿carecíamos de armas, era inútil morir inermes en el campo? ¿cobardía! Menos elementos hubo en Numancia para resistir el furor de sus sitiadores; un puñado de hombres defendió las Termópilas contra el poder de Xerxes; Zaragoza no tenia ni castillos ni murallas; nuestros antepasados en fin, para destruir el cetro de un déspota poderoso empuñaron los instrumentos de la labor y los útiles de la industria. ¿Como pues nos hemos reunido en este lugar un dia tan glorioso y de tan dulces recuerdos, con la marca de oprobio en la frente, y el inútil despecho en el corazon? ¿Qué no habrá esperanza para lo futuro? ¿Andarémos siempre de abismo en

—8—

abismo hasta consumir nuestra completa ruina? ¡quien pudiera responderme!.... Si hoyando como hasta aquí las leyes aspiramos á alguna cosa mas allá de nuestros merecimientos, si divertidos en ridículas y fútiles cuestiones perdemos el tiempo destinado á constituirnos y á establecernos, y no buscamos principios, ni verdades; si en vez de tributar incienso á la verdadera libertad, buscamos puestos en que colocar á el vicio y á la disolución para rendirle homenaje; si nuestra ocupacion ha de ser oprimir á el pueblo y vivir del jugo de la patria y no del valor de nuestros trabajos; si nos lanzamos finalmente de nuevo á la lid para perecer como los gladiadores romanos en el circo abierto por nuestros céсарes.... ¡Ciudadanos! oidme: á la gran fiesta nacional no toda la familia mexicana ha concurrido; la mayor parte de nuestros hermanos riega con su llanto las áras del Dios de la patria, al abandonar para siempre sus hogares; ¿y nosotros? ¡ah! nosotros.... quizá por última vez venimos á este sitio á hablar de nuestros padres en el mismo idioma que ellos nos enseñaron. ¡No permita el cielo que dentro de algun tiempo un orador extraño, refiera á un pueblo tambien extraño y desconocido, las hazañas del día en que México quedó para siempre borrada del catálogo de las naciones.—
DICE.



